

Lo que opina la Prensa Yanqui

Un artículo de Everybody's.

DIAZ Y SUS PEONES, por John A. Avirette.

La revolución de México es una revolución de hombres hambrientos que han aprendido a leer y a escribir.

Es primordialmente una guerra ocasionada por impuestos excesivos y desiguales. Por largos años han ido aumentando los impuestos, hasta que los pobres no han podido sufrílos. Para que un peón muerto de hambre se coma el cerdo de su propio corral, tiene que pagar una contribución de dos ó tres dólares para que se le permita hacerlo. Si tiene la suerte de poseer una vaca, y la desgracia de que el hambre le obli-lligue a comérsela, tiene que pagar siete dólares.

Esto es suficiente para condenar á cualquier gobierno de la tierra!

El que tiene cien mil áeres de fértiles tierras en la República Mexicana y ni siquiera se dá el trabajo de cultivarlas, apenas paga impuestos ó no lo paga. Si como es costumbre, lo arrienda á los pauperísimos peones, en tramos pequeños,—cada peón paga renta al propietario, contribución al gobierno federal, ó impuesto á su estado. Así mientras más pobre es un hombre, proporcionalmente paga mayores impuestos. Es una desgracia tanto para Díaz como para su país, que el proyecto de comprar grandes extensiones de terrenos para los pobres haya venido tan tarde. Esas intenciones causan ahuis en el público de México más ó menos.

Pidieron pan y se les dieron libros.

Además del hambre como causa poderosa de la revolución existe la irritación política motivada por las largas elecciones que se representan de vez en cuando. Si las clases proletarias de México no fueran tenidas en la pobreza más abyecta sin tierra, sin pan, sin esperanza—Madero hubiera recordado el

país hablando hasta por los codos sin que lo aliguera un centenar de personas.

Y ambas han sido las causas que se vinieron á convertir en vitales, para mayor ironía, por medio de los esfuerzos educativos de Díaz. Mientras los peones se conservaron en completa ignorancia, estuvieron contentos con su pobreza y sus santos, y carecieron de opiniones. Ahora que han aprendido á leer y á pensar, empezaron a sentir el descontento de su suerte en la tierra y la du-lla de las promesas sacerdotales para el cielo.

Esta revolución presenta bases muy peculiares. Aunque Madero y unos cuantos de los jefes revolucionarios van contra Díaz, la masa de la revolución va contra el gobierno de Díaz y no contra Díaz personalmente. El pueblo mexicano se enorgullece con Porfirio Díaz. Ama al hombre, pero resiente sus actos. Sus errores personales le son perdonados en honor de su pasado glorioso y glorioso, pero esos errores no son sufridos de su Gabinete y de sus allegados.

No son anarquistas, sino humanitarios.

Los partidarios actuales del gobierno de Díaz se reduce á los grandes terratenientes, los grandes dueños, y el ejército. Pero si se recogiera una votación entre la población masculina adulta se encontraría que el noventa por ciento simpatiza con la revolución. De esto noventa por ciento pocos tienen armas; por eso la revuelta se ha limitado á los contrabandos de material de guerra que han podido introducirse al país.

Díaz llama á los insurrectos "anarquistas." En esto se equivoca por completo, pues muchos de estos hombres son patriotas sinceros y ciudadanos de valer, á lo menos en concepto del que suscribe. Madero

mismo, el jefe de la revolución, es un doctrinario, un soñador, y un mediocre soldado; pero es un hombre digno, que cree en sí mismo y en su causa, y hasta en sus combates los revolucionarios están demostrando á los detractores de México, que distan mucho de "ser bárbaros." Han respetado vidas y propiedades, y por ello merecen justo crédito. Es verdad que á menudo han forzado empréstitos de alimentos y cabalgaduras, pero la necesidad excede de ley, y esas son las prácticas de todos los ejércitos y en todas las guerras.

Hay un proverbio español que dice "Pan y Indio, pan y palo." En otras palabras el español cree que al peón se le debe de manejar con un garro ó vara que obedezca la ley de su Dios y se subordine al principio de "ganárselo el pan con el sudor de tu frente."

Una república sin republicanos.

De hecho, todos los salvajes tienen que ser obligados por cuantos medios hay posibles á adquirir el hábito del trabajo. La industria engendra la abundancia, y el "mío y tuyo" no aparecen mientras no existe un granero y un propietario de él. Hace dos siglos los mexicanos eran bárbaros y los españoles tenían razón. El peón está todavía "á medio cosear" es perezoso y no se pueda dar en él; pero ha progresado mucho y progresará todavía más.

Hace dos generaciones un indio excepcional se levantó hasta la presidencia de México. Este hombre fué Benito Juárez, un Solón en leyes, patriota, y pensador. Juárez encabezó un partido de Reforma. Proclamó una república ideal en sus *Leyes de Reforma*. Derrocó á un clero arralgado y poderoso, confiscó sus propiedades, y abolió sus fueros.

FLORES DE UN DIA.

(POLITICA DE LOS ESTADOS)

La experiencia necesaria á un gobernante, no se adquiere administrando haciendas ó dirigiendo mayordomías. La observación indispensable á un jefe del Ejecutivo, no se aprende en las antecámaras del Primer Magistrado, ni por el hecho de sentarse á su mesa, deslumbradora de cristaloría. La diplomacia y el tino para dirigir los negocios de una Entidad Federativa, no vienen de la práctica en las transacciones ventajosas de irrigación, ni es lo mismo coger las riendas de un gobierno que hacer girar el volante de un automóvil en una linda carrera de turismo.

No es nuestro propósito ensañarnos con el caldo, que en este caso lo es el Sr. Manuel Cuastá Gallardo. Tiene de sobra con la lección que ha recibido, para que vayamos ahora á abrumarlo con nuestras sátiras. Pero es conveniente consignar aquí este ejemplo, parecido á otros muchos del antiguo régimen. Este artículo bien podría llamarse: "Figuras decorativas para los Ejecutivos."

Que no se diga que el Estado de Jalisco,

on masa y á una voz reclamó para que lo dirigiera, políticamente, al Sr. Manuel Cuastá Gallardo. Hubo en esa campaña electoral mucho de artificio y de "poco." Aparte las circunstancias especiales que determinaron la subida al poder del Sr. Cuastá tales como su influencia personal con el General Díaz, á quien hospedaba y agasajaba en las temporadas veraniegas que cumplió el ex-presidente en la villa de Chapala para descansar, y el sentimiento ya fermentado hostil manifestado por el pueblo hacia el Coronel Don Miguel Ahumada, por una serie de hechos resultantes de la agitación política en que germinaba la revolución—se produjo en Jalisco un fenómeno perfectamente lógico cuando se anunció que "ahora sí" votaría el pueblo legítimamente y que no habría ante las urnas electorales fuerzas armadas que exigiera á los ciudadanos del distrito por un candidato impuesto "á tortolera." La simpatía hacia el hombre que se hallaba en los clubes, independientes de la fórmula administrativa, era obvia. Por primera vez, en Jalisco, se haría un ensayo de sufragio

electivo. La Democracia llegaba á coronarse como reina y señora, ante la bella Sultana de Occidente, también señora y reina entre sus hermanas federativas, por su lealtad á toda prueba, por su valor nunca documentado, por su nobleza, y por el prestigio de su heróica tradición.

Claro que el Sr. Cuastá Gallardo no recibiera ni siquiera las más indispensables condiciones para ocupar el primer puesto en el Gobierno del Estado. Su misma reconocida liberalidad—no liberalismo, porque ya en el poder entró ostensiblemente en oposición con los líderes de la revolución—le perjudicaba á todas luces. Un gobernador no es un padre de familia, ni una providencia para todos los que alargan la mano, ni un limosnero de Juntas de Beneficencia Privada.

Sus mismos protegidos lamentaron perder al amigo generoso, y en uno de los banquetes que organizaron á su toma de posesión alguien sobre una silla, lamentó con gritos jorémicos la pérdida del protector, al-